

## 5. LA DROGADICCIÓN

Estuvimos perdidos nueve días en el impetuoso mar y al décimo llegamos al país de los lotófagos, que se alimentan del fruto de una amapola... Después del almuerzo, escogí a mis dos hombres más decididos y los envié con un mensajero a explorar el país y conocer a sus habitantes. Pronto se encontraron con algunos lotófagos que no les hicieron ningún daño y que les invitaron a comer el fruto del loto. Y en cuanto lo probaron se olvidaron completamente de la patria y hasta de sí mismos. Su único deseo era seguir consumiendo lotos y seguir disfrutando del olvido de la patria. Pero yo los conduje por la fuerza hasta las naves y, aunque se resistían y gemían, los arrastré y los hice atar a los bancos. Exigí que los demás embarcasen enseguida, temeroso de que si probaban los lotos se olvidasen del regreso.

HOMERO,  
*Odisea, IX*

El niño se procura continuos paraísos artificiales, sobre todo cuando ha entrado en el universo del lenguaje, inventándose mundos que no existen y, ya antes, cuando es un lactante, pasa un período de auténtica narcosis, cuando no hace otra cosa que mamar y dormir, viviendo, por así decirlo, completamente intoxicado por el exceso de alimento y el exceso de sueño.

Entendemos por narcosis la alteración de la sensibili-

dad y de la conciencia, más que su disminución, debido al uso de narcóticos, lo que incitaría a suponer que la narcosis es la pasión por alterar la realidad que nos contiene y nos limita, y en la que no estamos a gusto.

Para el amante de la narcosis y sus estados, la realidad es soportable siempre que no parezca real, como no parece real el mundo que dibujó Baudelaire en *Invitación al viaje*, donde vemos desplegarse un universo de amaneceres y atardeceres, mares, cálidas riberas, rostros de una pureza diamantina, perfumes intensos, sonrisas frescas, placeres de una sensualidad tan desbordante como líquida (y en las antípodas de lo que podía ser verdadera vida).

En Baudelaire se puede observar el deseo de fuga que muestra toda narcosis, así como la pretensión de ausentarse del mundo sin pasar por la experiencia de la muerte. No en vano, muchos exploradores del mundo de las drogas, tanto naturales como sintéticas, sagradas o profanas, han emprendido viajes que les conducían a estados muy parecidos a los que experimentaban los anacoretas y que buscan los anoréxicos, con la ventaja de que para llegar a ellos no han necesitado años de privación y les ha bastado con ingerir un hongo o tomar una pastilla.

Sabiendo como sabemos que las drogas pueden conducirnos a estados muy placenteros y hasta de gran conformidad con el propio yo, se podría dudar de que la experiencia de la narcosis proceda del odio a uno mismo. ¿No podría estar fundamentada en el amor a uno mismo?

Algunos de mis amigos sucumbieron a los opiáceos por la sensación placenteramente narcisista que procuran al principio y que se respira en bastantes poemas de *Las flores del mal*. Pero hasta en esos casos es más perceptible el

odio al yo que el amor, por la sencilla razón de que los momentos gratamente narcisistas y de reconciliación consigo mismos sólo llegaban a obtenerlos en estado de narcosis. El resto del tiempo la realidad adquiriría para ellos las dimensiones de una insoportable pesadilla, y muy especialmente la realidad del propio yo. Por lo demás, el amante de la narcosis no detesta el mundo más de lo que pueda detestar a su yo dentro del mundo, y cuando no puede deformar la realidad (tanto la interior como la exterior) le sobreviene la ansiedad, una ansiedad que más que con el síndrome de abstinencia tiene que ver con lo doloroso que le resulta a la conciencia afrontar el amasijo de pasiones que uno es. Y si no le sobreviene la ansiedad, le sobreviene la melancolía y el hastío, como indica Valle-Inclán en su poema al hachís:

Divino penacho de la frente triste,  
 en mi pipa el humo da su grito azul,  
 mi sangre gozosa claridad asiste  
 si quemo la Verde Yerba de Estambul.  
 [...]

El ritmo del orbe en mi ritmo asumo  
 cuando por ti quemo la Pipa de Kif,  
 y llegas mecida en la onda del humo  
 azul, que te evoca como un «leit-motif».  
 [...]

Si tú me abandonas, gracia del hachic,  
 me embozo en la capa y apago la luz.  
 Ya puede tentarme la Reina del Chic:  
 no dejo la capa y le hago la +.

Como en los poemas de Baudelaire, en *La pipa de Kif* de Valle-Inclán la realidad aparece trasfigurada para el que

acaba de fumar la Verde Yerba de Estambul, pero si la gracia del narcótico le abandona, el fumador del poema de Valle-Inclán se cubre con su capa negra y hace la señal de la cruz, preparándose ritualmente para el tedio que se avecina. Se trata una vez más de los paraísos artificiales y de sus miserables milagros, como dijera Henri Michaux, pero tendríamos que preguntarnos, teniendo en cuenta el contenido de la realidad y su continuo olor a muerte, si alguna vez el paraíso ha podido dejar de ser un artificio y si alguna vez en algún lugar hubo paraísos que no fueran artificiales.

La narcosis está tan vinculada al deseo de modificar la percepción de propio yo y del mundo circundante que, en la antigüedad, muchas ceremonias de iniciación estaban relacionadas con algún narcótico que hacía posible la transformación en el iniciado. La ceremonia de la misa, por ejemplo, utiliza el vino. Pero hay que advertir que el antiguo uso sagrado de las drogas tiene poco que ver con el uso profano y diario tan común en nuestra época. No estamos hablando de sustancias «trasformadoras» que sólo se utilizaban en ciertas ceremonias, estamos hablando de drogadicción.

Recuerdo algunas tardes de profunda narcosis en las que el mundo me parecía prodigiosamente modificado. Fue hace mucho tiempo, en París. Íbamos varios por la calle... El Panteón semejaba un edificio surgido de una novela de Kafka. El aire era tan gris como el mercurio. Los transeúntes eran almas perdidas flotando en la indiferencia del mundo. Parecía un domingo de aquellos domingos de los poemas de Baudelaire, Laforgue y Eliot. La melancolía resultaba una sustancia amarga pero bebible y la extrañeza presidía todas las cosas.

Recuerdo otra tarde de domingo en Berlín, años después. Estaba nevando en la antigua capital de Alemania y yo me hallaba deambulando al otro lado del telón de acero, antes de que lo derribaran. A la extrañeza de la ciudad (no se veía ni un solo transeúnte por la calle) se unía la sensación de ruina que comunicaba. Las casas del antiguo barrio judío permanecían igual que cuando acabó la guerra. Yo iba narcotizado por el alcohol y el cannabis: flotaba por un mundo más perdido que el de los mayas. Nada en Berlín Este parecía real a pesar de que me hallaba en uno de los bastiones más rígidos de socialismo real. Y mientras paseaba por la Unter den Linden o me detenía ante la puerta de Brandeburgo o ante lo que quedaba del cabaret Admiralspalast, tenía la impresión de encontrarme a años luz de casa y a años luz de cualquier hecho o circunstancia que tuviera algo que ver con la realidad. La melancolía aterradora que a otras almas les podía comunicar Berlín aquella triste tarde de San Silvestre a mí también me la comunicaba, pero yo la sentía llena de magia y hasta me planteaba la posibilidad de pasar un año en aquel paraíso perdido.

Se trataba de una forma como cualquier otra de huir de la vida cotidiana. En aquella época escribí muchos poemas en los que casi siempre trataba el tema del exilio, si bien de diferentes maneras. A veces se trataba de un romano exiliado en Albión, a veces un ruso exiliado en París, a veces un griego exiliado en una ciudad de Asia Menor... La narcosis, como el anacoretismo, tiene algo de exilio, de exilio de la percepción normal, que invita a tratar el siempre sugerente tema del destierro. Los opiómanos de las novelas de Burroughs son verdaderos exiliados, malviviendo en las esquinas del mundo: el mismo Burroughs encarnó a la perfección ese papel cuando estuvo en Tánger. Los drogadictos de Burroughs son como anacoretas del desierto, como

anoréxicos, como santos y como ángeles de la desolación más esquinada y diabólica. Están en el verdadero infierno de Dante. Y los alcohólicos profundos, ¿dónde están?

Marguerite Duras confesó que el vino era lo más parecido a Dios que había conocido. ¿Se referiría a Baco? Pero no hay que olvidar que Baco, además de propiciar la euforia y la fraternidad, puede propiciar también la locura y las disputas sin sentido. Tras un período de serio abuso del alcohol, la Duras experimentó el *delirium tremens*, que más que parecer el infierno de Dante parece las tentaciones de San Antonio, y pasó un tiempo extraviada en el horror de su pasado convertido en una pesadilla indescifrable.

Ah, la mística del alcohol... Puede llevar tan lejos como cualquier otra mística: puede llevar al más profundo centro, puede llevar a la desintegración más honda y más heroica del yo, como le ocurre al cónsul de la novela de Lowry *Bajo el volcán*, que viene a ser algo así como la catedral del alcoholismo. Que sea México el escenario de esa gigantomaquia del alcohol no es de extrañar. Aunque esté al otro lado de océano y mucho más allá de la Atlántida, México es un país rabiosamente amado por Baco, que ha debido de ver en él su paraíso perdido y su nueva Arcadia.

Leí *Bajo el volcán* un verano lluvioso y sofocante en Montreal, acosado por una especie de gripe que me tenía hundido en la cama. La ciudad estaba tan húmeda que parecía la India del Monzón. Como no había manera de aliviar mi mal, recurrí a viejas recetas e intenté librarme del virus a base de una dieta que únicamente admitía aspirinas, té y coñac. En esa situación fui adentrándome en la novela, que supuso toda una experiencia interior. Mientras la iba devorando, mi cuerpo se iba adentrando cada vez más en el alcohol. Mi respiración era la del cónsul, mi narcosis

también, y la humedad de Montreal era la de Cuernavaca. Sentía como el cónsul el destierro extremo al que te puede conducir el alcoholismo, me embriagaba en las mismas cantinas sofocantes que él, asistía agobiado a sus delirios interpretativos, cuando Cuernavaca se convertía en un infierno lleno de signos nefastos, me hundía en las visiones del mezcal junto a los borrachos más temibles de la ciudad, veía continuamente el lado oscuro de mi mujer, esperaba en la estación de ferrocarril la llegada de todo mi pasado y los fantasmas de mi pasado, y notaba sobre mí la coza de un caballo blanco junto al abismo, una noche tormentosa y trágica... Cuando concluí la novela me sentía otra persona y salí a la calle. Estaba completamente curado y la noche de Montreal tenía la suavidad de algunas noches en las novelas de Fitzgerald. Era extraño, porque tan sólo un día antes había estado temblando en el infierno de *Bajo el volcán*.

¿Qué es el alcohol para el cónsul? ¿Qué era el alcohol para Ulises y para Polifemo? ¿Qué era el alcohol para los griegos y para los participantes de *El banquete* de Platón? ¿Qué era el alcohol para Dionisos? Ya lo decía la Duras: el transporte. Como otras drogas de otras culturas, el alcohol te lleva a otra parte, o quizás a otra dimensión del lugar en el que estás.

Cuando la ebriedad no encuentra muros negros que la ennegrezcan, la realidad se trasfigura y todo aparece subrayado por un aura dorada. La lengua se despega, y se despega el cuerpo. Es posible que tanto la música como la danza nacieran en noches de transporte alcohólico y muchas estrellas en el cielo, como también es posible que el Cantar de los Cantares fuese una canción de borrachos antes de ser incluida en la Biblia y convertirse en la obra maestra de Salomón.

El juego con el alcohol era muy valorado por los antiguos, que ponían a prueba su entereza y su razón sometiendo a su poder e intentando vencerlo.

Sócrates es presentado en *El banquete* como un bebedor supremo que nunca pierde el control, si bien nunca deja de beber. No perder el control era muy importante para un ateniense, pero también era muy importante beber. Podían repudiar tanto el alcoholismo patológico como la abstinencia y todo indica que, con mucha más sabiduría y mucha más exquisitez que los romanos, hicieron del beber un arte así como uno de los espacios más adecuados para ejercer el control del cuerpo y de la mente.

Beber tenía un ritmo, una respiración. La conciencia debía elevarse, por efecto de su misma calentura, nunca anularse, de esa manera la prueba del vino lejos de ser la iniciación a un vicio se convertía en una estrategia de sociabilidad y en una forma de domesticar el monstruo interior.

Nunca, ni siquiera en esos casos, dejaba de ser una forma de transporte y hasta una transubstanciación del yo, pero no llegaba a convertirse en una fuga, y menos en una fuga total como la que lleva a cabo el cónsul en *Bajo el volcán*, donde el alcohol es una pasión con todas sus consecuencias. Y es en esos vicios cruciales del alcohol, de un rigor sofocante, donde mejor se observa el odio al yo elevado a la enésima potencia. Pero, como indican los personajes de Lowry, cuesta llegar a la última luz del alcohol, al más puro frío interior, al corazón de la región de las nieves cuesta llegar y ni siquiera a golpes de tequila y mezcal resulta fácil conquistar la muerte.